

El paraíso —que merece ser—  
recobrado

HENRY DAVID THOREAU

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo

*Colección El Martillo de Enoch, 14*

**Primera edición:** marzo 2023

© Ediciones El Salmón

**Título:** *El paraíso —que merecer ser— recobrado*

**Título original:** *Paradise (To Be) Regained*

**Autor:** *H. D. Thoreau*

**Traductor:** *Javier Rodríguez Hidalgo*

**Diseño de la colección:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Imagen de cubierta:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Diseño de la cubierta:** *Mann & Tolstoi*

**Maquetación:** *Andrés Devesa*

**Revisión:** *Salvador Cobo*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-125386-6-3*

**Depósito legal:** *M-3608-2023*

**Para pedidos e insultos:**

Ediciones El Salmón

C/Taquígrafo Martí 2, bajo, 03004

contacto@edicioneselsalmon.com

# Índice

Nota de los editores.....7

## PRÓLOGO

¿Es el paraíso bueno para el alma?,

James Moran.....15

El paraíso —que merece ser— recobrado.....27

# ¿Es el paraíso bueno para el alma?

JAMES MORAN\*

---

\* James Moran ha impartido Filosofía en varias universidades norteamericanas, siendo en la actualidad profesor emérito de la Daemen University de Nueva York.



Henry David Thoreau es uno de los autores más apreciados de la historia de Estados Unidos, y su más célebre cronista de la vida sencilla. Hay quien podría decir que existen elementos utópicos en el relato que hace en *Walden* (1854) de sus dos años y dos meses viviendo en el bosque a orillas del lago Walden. Ni que decir tiene que Thoreau no está describiendo una sociedad ideal, sino la vida tal y como él la disfrutaba a diario. Tampoco defiende que todo el mundo deba vivir como él, sino que afirma que algunos elementos de lo que ha aprendido podrían ser válidos para quienes coincidan con sus ideas. Se pueden encontrar elementos utópicos en el idílico relato de su experiencia y en sus múltiples argumentos sobre la manera en que vivía la gente en su época: «La mayor parte de los hombres llevan vidas de callada desesperación». No es ése el modelo de una buena vida, y la idea de que otra manera de vivir podría mejorar el bienestar de los individuos está en el núcleo del pensamiento utópico. Ahora bien, también

es justo decir que el pensamiento de Thoreau poseía una dimensión antiutópica. No parecía contarse entre quienes creen que podemos perfeccionarnos a nosotros mismos y nuestra sociedad de forma completa y definitiva. Mejorarlos a nosotros mismos, volver esta sociedad más humana, sí, pero sin esperar una felicidad perfecta.

Todas estas reflexiones me vinieron al leer la interesante reseña escrita por Thoreau en 1843, titulada *El paraíso —que merece ser— recobrado*. Se trata de una reseña de un libro utópico de J. A. Etzler llamado *El Paraíso al alcance de todos los Hombres, sin Trabajo, mediante la Energía de la Naturaleza y la Máquina*. Del título se desprende que Etzler tenía grandes visiones de lo que podría deparar el futuro en caso de que la humanidad adoptara sus ideas y empezara a desarrollar la maquinaria necesaria para crear una vida de ocio universal. Todo aquel que esté familiarizado con las observaciones que hace Thoreau sobre la tecnología en *Walden* puede aventurar cómo podría despachar Thoreau un proyecto que pretende crear «un paraíso tecnológico en la tierra».

Las críticas a las visiones utópicas pueden emplear una serie de pasos para demostrar que el plan de un pensador concreto está lleno de fallos. En primer lugar,

el crítico puede plantear que los acuerdos sociales esbozados nunca podrán llevarse verdaderamente a término porque contradicen ciertos aspectos intrínsecos de la naturaleza humana. Los seres humanos nunca vivirán en perfecta armonía porque el animal humano no está hecho para ello. E incluso si los nuevos acuerdos sociales supusieran una mejora sustancial *real* de la sociedad actual, esto no garantizaría que no pudieran surgir conflictos nuevos y diferentes, porque la naturaleza humana y los deseos que se derivan de ella hacen que el conflicto sea inevitable. Thoreau incorpora elementos de esta clase de crítica en sus comentarios sobre Etzler. En general, se muestra escéptico ante el poder de las reformas sociales o «externas» para alcanzar la perfección.

Una segunda crítica a los planes utópicos consiste en sostener que las mejoras sugeridas, ya sean sociales, tecnológicas o personales, no son verdaderas mejoras. Thoreau no cree que muchas de las mejoras tecnológicas que Etzler considera plausibles mejorarían la calidad de vida. El lector tal vez recuerde los comentarios de Thoreau en *Walden* sobre inventos que fueron celebrados por muchos: el telégrafo, el tren o el sistema fabril de producción.



En tercer lugar, los críticos de la utopía suelen señalar que el método esbozado para pasar de la problemática sociedad actual a otra más perfecta no describe un camino viable para el cambio. El utopismo muchas veces simplifica en exceso las condiciones que serían necesarias para cumplir su objetivo. Por ejemplo, Etzler sostiene que una pequeña inversión monetaria inicial se multiplicaría de tal manera que en diez años seríamos capaces de desarrollar los inventos mecánicos necesarios para que todos pudiéramos vivir en un paraíso sin trabajo. Thoreau se muestra escéptico ante la posibilidad de que el dinero pueda facilitar el camino hacia el pleno bienestar humano.

Examinemos los elementos de la visión utópica de Etzler, algunos de los cuales Thoreau reconoce que ensanchan la imaginación de lo posible. Un elemento central proviene de la creencia de Etzler de que inventos de diversa índole mejorarán el nivel material de la vida. La producción mecánica podría eliminar el hambre y la escasez. Sugiere que los nuevos métodos agrícolas podrían alimentar hasta a un billón de personas. A lo largo del siglo diecinueve se desarrollaron muchos inventos, pero la cosechadora de Cyrus McCormick es el más relevante para las pretensiones de Etzler sobre la producción agrícola. Etzler esboza también mejoras

en el transporte por agua y tierra. Se podrían crear islas que flotasen alrededor del mundo, permitiendo a la gente disfrutar de los mejores climas durante todo el año. (El arquitecto Richard Buckminster Fuller esbozó una idea similar en el siglo veinte).

Aunque algunas de las ideas de Etzler sobre tecnología parecen ambiciosas, otras son proyecciones razonables de lo que era posible en su época. Por ejemplo, prevé calles iluminadas con gas y transportes terrestres capaces de alcanzar velocidades de sesenta kilómetros por hora. Pero Thoreau nunca se dejó engañar por la idea de que la alta velocidad se traduciría en grandes beneficios o en una mejora sustancial de las relaciones humanas. Un pensador al que le encantaba caminar y que disfrutaba permaneciendo sentado largos ratos, no era probable que compartiera el entusiasmo de Etzler por los viajes mecánicos de alta velocidad. Sin embargo, Thoreau sí coincidía con Etzler en un punto relativo a las mejoras mecánicas: la sustitución de la fuerza animal por la fuerza mecánica, que ambos esperaban eliminara parte del trato inhumano infligido a los animales.

Otra parte importante de la visión utópica de Etzler era la domesticación de la naturaleza. Los jardines sustituirían a los pantanos; las montañas podrían ser

niveladas y esas tierras podrían alojar al ser humano; se construirían canales para el transporte de mercancías; se cultivarían los bosques; las zonas feas y poco amables del mundo natural se volverían agradables y bellas. Thoreau, que afirmaba que la naturaleza salvaje es la salvación de la humanidad, tenía sin duda sus reservas a la hora de poner la naturaleza al servicio de fines económicos tan estrechos. (Éste fue un desafío que más tarde articuló Aldo Leopold en su famosa *Una ética de la tierra*). Thoreau encontraba valores positivos en lo salvaje, en lo no cultivado, en lo «feo», en todo aquello que sus conciudadanos consideraban obstáculos para el progreso. De modo que es comprensible que se mostrara escéptico ante la deslumbrante visión que tenía Etzler de una naturaleza transformada. Observa con humor que los individuos que trabajan en la idea de mejorar la naturaleza podrían llegar a albergar la idea de hacer que las flores sean más bellas, que los pájaros vuelen mejor, y que los animales salvajes se comporten mejor; aunque sobre este último punto no está seguro de que conseguir que los animales imiten el comportamiento humano suponga un avance en la vida moral de los animales, habida cuenta de la crueldad que puede alcanzar el ser humano.

Thoreau pensaba que aunque la idea de trabajar con la naturaleza para mejorar la vida humana no carece de interés, no debemos creer que una vida de comodidad material puede sustituir la necesidad de que la naturaleza salvaje nos proporcione valores estéticos y espirituales para nuestra alma. Y un triunfo absoluto sobre la naturaleza podría privarnos de los bienes que ésta nos proporciona gratuitamente sin mediación de la máquina cuando la tratamos con respeto. Los ecologistas de nuestros días encuentran sostén en el desafío de Thoreau a los planes de Etzler para la naturaleza.

Mediante la transformación de la naturaleza y el empleo de diversos inventos aún inexistentes, Etzler espera mostrar cómo los seres humanos podrán vivir pronto una vida de lujo y comodidad. El trabajo dejará de ser necesario y el lujo prevalecerá una vez que se disponga de los instrumentos económicos y mecánicos adecuados. Todos podremos vivir en palacios situados en hermosos paisajes, con todas nuestras necesidades materiales satisfechas sin trabajo. Un simple giro de una manivela mecánica producirá bienes. Aquí Thoreau y otros lectores del libro de Etzler podrían empezar a cuestionar el realismo de sus reflexiones utópicas... ¿Quién cuidará los jardines, cocinará los alimentos, limpiará los graneros, mantendrá

las máquinas? Thoreau, que se ganaba la vida trabajando, no creía que el trabajo saludable fuera algo de lo que hubiera que desembarazarse. El trabajo que oprime nuestras almas, como algunas formas de trabajo en las fábricas, ciertamente debería aliviarse y hacerse más humano, o incluso hacerlo desaparecer; pero trabajar la tierra, o la artesanía, se encuentran entre los placeres de la vida. Hablar del «fin del trabajo» parece apuntar más allá de la vida tal y como la experimentamos. Por supuesto, Thoreau simpatizaba con el deseo de Etzler de aliviar la carga del trabajo excesivo y promover un justo grado de ocio en la vida. Sin embargo, el camino de Thoreau esbozado en *Walden* era diferente del de Etzler, ya que Thoreau tenía serias reservas sobre si el lujo era una meta adecuada a la que aspirar. En *Walden*, Thoreau afirma: «La mayor parte de los lujos, también llamados “comodidades de la vida”, no sólo es innecesaria, sino que se convierte en impedimento para la elevación de la humanidad». La idea de Thoreau llevando una vida de lujos en un palacio es tan antagónica a su vida en Walden que podemos entender fácilmente sus reservas sobre los «palacios de lujo» de Etzler.

Al igual que muchos otros pensadores utópicos, Etzler cree que una vez que se den las condiciones para

la prosperidad material, los seres humanos podrán llevar una vida sin estrés, sin conflictos y con una moral más elevada. Se habrán vuelto innecesarias la prostitución, las apuestas y otras formas de libertinaje, y la comunidad ya no se verá afligida por robos, asesinatos o la violencia de la guerra. Los niños aprenderán de forma cómoda y fácil, y el trabajo desaparecerá. En resumidas cuentas, la vida transcurrirá sin esfuerzo, dolor ni dificultad.

Thoreau, como muchos otros que han reflexionado sobre esta clase de utopías, se pregunta si algo así sería bueno para el alma, y se cuestiona si las pretensiones de alcanzar una perfección moral son compatibles con la naturaleza humana tal y como se ha manifestado a lo largo de la historia. Thoreau sí creía en la mejora moral de los individuos, y sostenía que virtudes tales como la justicia, la templanza o el amor podrían florecer en las personas si acometían una verdadera transformación interior de sus vidas. No creía que un movimiento social o una transformación de las condiciones materiales pudieran dar lugar a la transformación moral que Etzler imaginaba; y como he señalado, tenía muchas reservas sobre los placeres y lujos que Etzler proponía para su «Paraíso en la Tierra».